

Reportaje

Vidas con trabajos Dr. Rafael Polanco Delgado

Dimensión personal

La felicidad y la satisfacción de cada uno de nosotros están ligadas al deseo innato de ser miembros útiles a la sociedad y, para ello, uno de los principales mecanismos con que contamos es el trabajo diario.

El hombre trabaja: mediante esta actividad nosotros recreamos nuestro mundo vital y lo hacemos habitable; a través de él y con él somos capaces de diseñar y configurar nuestro entorno social, nuestra propia circunstancia e incluso nuestra condición física.

Desde la antigüedad, seguramente, desde que el hombre lo es, se ha buscado a sí mismo y en consecuencia se han llevado a cabo múltiples ensayos para definir la condición humana, así se habla de *homo sapiens*, *homo ludens*, etc., pero el hombre trabajador, como *homo faber* se constituye en protagonista del dominio técnico de la naturaleza, como proletario se conecta con la historia económica, como productor y consumidor se convierte en el objetivo de problemáticas socioeconómicas, como consumidor de tiempo y energía se constituye en paradigma de conceptos nuevos de vida y no en última instancia, como persona capaz de laborar se convierte en parámetro de salud física y psíquica. Es decir, en la categoría “trabajo” se entrecruzan todo tipo de dimensiones del pensamiento y del conocimiento antropológico.

Dimensión social

El horizonte social se amplía mediante el trabajo, nos ubicamos en un estrato social determinado, hecho este de gran importancia para la constitución de una identidad propia y no permanecemos encerrados con nuestra familia o con nuestros vecinos, más bien buscamos también el contacto con nuestros compañeros laborales, etc.; incluso a través del trabajo nuestros horizontes se extienden y amplían a lo largo y a lo ancho del mundo. El trabajo hace a la persona corresponsable en la producción y en el progreso e integra al grupo o al equipo en la obtención de objetivos y metas colectivas y no rara vez el trabajo, con sus exigencias y retos, nos permite manifestar fuerzas escondidas y a menudo ignoradas dentro de nosotros mismos.

Tiempo y trabajo

El trabajo también repercute en la subjetivación del tiempo ya que por ejemplo, estructuramos el día al dividirlo en periodos para trabajar, para alimentarnos, para descansar o para dormir, separamos los fines de semana de los días de trabajo rutinario e incluso nos inventamos los “puentes”, consideramos también los largos meses laborales antes de llegar a los periodos vacacionales anualmente planeados: de esta forma vivenciamos continuamente las oscilaciones periódicas de tensión y de relajación, tanto física, como mental o espiritual.

Trabajo y espiritualidad

Pero además hay otros factores a tener en cuenta, no solamente encontramos en nuestra realidad laboral un componente centrado en el “yo” al alcanzar el prestigio o la remuneración deseada, esto no es suficiente, tampoco el hombre se puede conformar con una motivación que se limite al espíritu de servicio o a “sacar adelante” a nuestra familia o a nuestra empresa o a contribuir al desarrollo de nuestra sociedad o de nuestro país.

El hombre es capaz de encontrar en el trabajo motivos espirituales más trascendentes. Por una parte el trabajo nos permite colaborar con Dios Padre creador, mediante un trabajo creativo, con nuestra inteligencia, habilidades y energías; también imitamos al Dios Hijo que dedicó indudablemente más de tres lustros de su vida a una labor cotidiana, humilde, callada, sin protagonismo alguno, aparentemente insignificante e intrascendente, acaso “aburrida”, y finalmente mediante la tarea diaria nos convertimos en colaboradores del Espíritu Santo al llevar a cabo en el transcurso de nuestra existencia, algo que contribuye a nuestra santificación, algo que Dios desea, está en su plan y en consecuencia es de su agrado.

Dificultades

Pero por otra parte en el mundo laboral están surgiendo importantes dificultades todavía no resueltas en forma satisfactoria para el hombre, podemos mencionar los obstáculos que encuentra nuestra sociedad en crear nuevos puestos de trabajo también citaré p. ej. la problemática de la persona capacitada mayor de 40 ó 50 años, a la cual se le cierran todas las puertas por mucha experiencia laboral que tenga, o a las madres obligadas a trabajar o el problema del hombre discapacitado pero con mente perfectamente lúcida y dispuesta, por mencionar algunos de tantos y tantos problemas aún sin solución y estas dificultades se hacen más manifiestas cuando consideramos las políticas económicas globalizantes, o las derivadas de la fragmentación moderna de las tareas, a través de las especializaciones, subespecializaciones, ramas, etc otros problemas podrían ser los derivados de las fusiones empresariales a gran escala alterando las tradicionales relaciones socioculturales laborales en un cada vez mayor número de personas. Todos estos procesos que pueden desembocar en desempleos masivos no es posible considerarlos como una evolución natural de la económica, sino más bien como una disfunción inmanente propia de un capitalismo deshumanizante el cual, a largo plazo, tiende a eliminar el esfuerzo humano, físico o intelectual, sustituyéndolo por robots o máquinas inteligentes más rentables, más baratas y que además no exigen bonos navideños

Formación de la personalidad

Esta situación angustiante repercute en la sociedad, en la política, en la cultura y en general es posible afirmar que las personas que viven bajo esas condiciones y amenazas, se ven obligadas a desarrollar su identidad en circunstancias sociolaborales adversas cuando dejan de sentirse involucradas en el proceso de producción o de transformación.

El concepto de profesión está ligado al del aprendizaje, al del trabajo, a mejoras sociales, al reconocimiento por parte de la sociedad y al ingreso pecuniario. El profesionista ocupa frecuentemente puestos de responsabilidad y se supone que su status no experimentará grandes variaciones durante su vida laboral, sin embargo es posible mencionar algunas conductas laborales que se salen de los ámbitos normales.

No rara vez nos encontramos con que el ejercicio de la profesión se convierte en una pasión desmedida. Puede haber gente que utiliza su tarea diaria como refugio en una situación conflictiva con su pareja, con su familia, con sus amigos o consigo mismo. Existen jóvenes trabajadores ambiciosos que sacrifican su sueño, su tiempo libre y su vida privada en aras de un rápido y exitoso ascenso profesional poniendo en peligro su salud. Predominantemente, en periodos con alto desempleo, mucha gente trabaja más de lo normal por la angustia a perder su puesto, aceptando más trabajo intentan destacar entre sus compañeros y desplazarlos, aparentemente realizan una extraordinaria labor, pero está demostrado que no forzosamente mayor tiempo en el trabajo implique una mayor eficiencia, incluso frecuentemente se ganan la aversión de sus colegas. Estas personas rinden al principio más de lo habitual, pero su sobreesfuerzo tanto físico como psíquico no tarda en hacerse sentir y se ven obligados con frecuencia a incapacidades parciales, a ausencias laborales por enfermedad e incluso a veces, a una invalidez precoz. Curiosamente esta forma de adicción laboral es aceptada e incluso admirada por la sociedad y obviamente resulta difícil determinar cuando nos encontramos ante una persona con este tipo de adicción, frecuentemente esta se escabulle tras su respetabilidad, su sentido del deber, su eficiencia y su modélico empeño en realizar un excelente trabajo.

Trabajo e identidad personal

Pese a que el trabajo hace correr el sudor de nuestra frente y no rara vez se le puede considerar molesto, fatigoso, difícil, incluso a veces peligroso, realmente su pérdida pone en riesgo nuestra existencia y puede colocarnos al margen de nuestra sociedad, haciendo tambalear nuestra seguridad e incluso poniendo en peligro nuestra autoconfianza al constituirse en un auténtico trauma psíquico.

La persona desempleada, puede experimentar un deterioro profundo del sentido de su vida al ver afectada su dignidad personal y ponerse en peligro las metas concretas de aquella, incluso antes de la pérdida del puesto de trabajo, a esta situación se une la angustia por las probables dificultades financieras, posibles crisis familiares, la pérdida de contacto con los compañeros y el consiguiente deterioro del status social habitual, etc.

Si queremos descubrir las metas y el sentido de nuestra vida nos vemos obligados a reflexionar sobre la estructura de la misma y en este contexto el pensar en nuestra labor cotidiana ocupa un lugar predominante. Pero realmente el trabajo no es la única, ni siquiera la principal tarea de la vida, podemos sospechar que el trabajo es y no es sólo una obligación, es y no es sólo oneroso, es y no es sólo un medio de vida, es y no es fuente de angustia y zozobra, es y no es sólo garantía de nuestro bienestar, es y no es sólo instintivo en el hombre, tampoco es todas esas características juntas y otras muchas más, siempre parece que nos falta algo, tal vez lo más importante. En ese algo más del trabajo es donde se esconde su auténtico sentido, y acaso, como afirma Gibrán Kahlil el secreto radique en definitiva en que “el trabajo es amor hecho presencia”.